



*Valentín Arteaga no se resiste a que, alguna vez, la belleza pudiera morir. "Nombramos su calor, nunca la llama eterna". El piensa que llegaremos un día a sorprender la aurora. Desde el Cerro de la Paz de su Campo de Criptana se ven las islas. En otras ocasiones penetra en la alcoba del verso y le nacen espinas en los dedos. Debajo de los álamos desnudos y otoñales el poeta, apoyados sus ojos en los párpados de otros poetas amigos, vislumbra que el mundo es un retablo de ceniza, que alguien puede querer asesinar a la esperanza, ahorcar la poesía o pretender echar al suelo las hornacinas y los retablos, algo horrorosamente terrible.*